

D & CL
A

Tit: 87849
C. 1104618

LA
CARTUJA DE MIRAFLORES

POR

B. de A.

ILUSTRACIONES DE J. A. CORTÉS.



BURGOS:

Imp. y lib. de Hijos de Santiago Rodríguez

1899.



R.66381

LA CARTUJA DE MIRAFLORES

LA
CARTUJA DE MIRAFLORES

POR

B. de A.

ILUSTRACIONES DE J. A. CORTÉS.



BURGOS.

Imp. y lib. de Hijos de Santiago Rodríguez,

1899.

Es propiedad. Cumplidas
las prescripciones legales.

†

SECRETARÍA
DE
CÁMARA Y GOBIERNO
DEL ARZOBISPADO DE
BURGOS

S. E. I. el Arzobispo, mi Señor, ha tenido á bien decretar con esta fecha lo siguiente:

«Por cuanto habiendo sido examinado de Nuestra orden el Opúsculo titulado «La vida contemplativa», parte 4.^a de la obrita descriptiva «LA CARTUJA DE MIRAFLORES», escrita por B. de A., no se ha encontrado en dicho opúsculo cosa alguna contraria al dogma y moral católicos, ni á la doctrina y disciplina de la Iglesia, antes bien conceptuándose muy oportuno para fomentar la piedad y desvanecer los errores contra la importancia de las Ordenes Religiosas puramente contemplativas, venimos en aprobarle y concedemos Nuestra licencia para que pueda imprimirse y publicarse.»

De orden de S. E. I. el Arzobispo, mi Señor, tengo el gusto de trasmitir á V.^a R.^a

*el anterior decreto, y devolverle adjunto el
Opúsculo á que se refiere.*

*Dios guarde á V.^a R.^a muchos años.
Burgos 30 de Mayo de 1899.*

Lic. Manuel Rivas,
Secretario.

*Rdo. P. Prior de la Cartuja de Miraflores de
Burgos.*

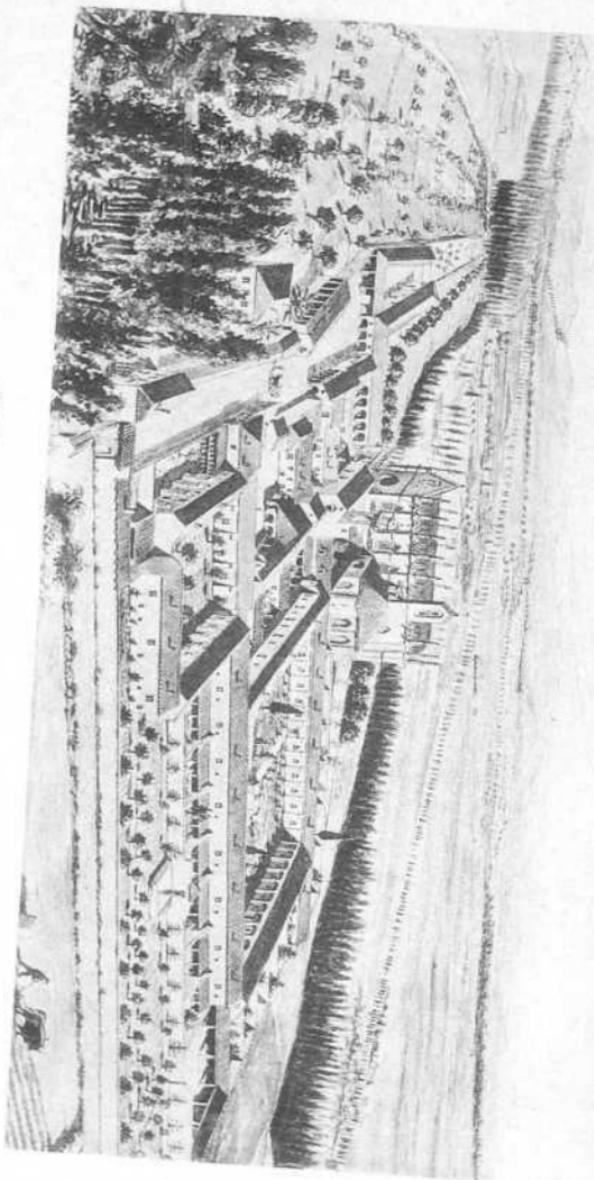
ADVERTENCIA

La falta de una descripción breve y concisa de la famosa Cartuja de Miraflores, y las escasas y erróneas noticias que generalmente suelen tenerse de la observancia de la Orden religiosa que la ocupa, nos han movido á publicar el presente folleto. Tomando por base la brevedad, hemos procurado no omitir en él nada de lo que pueda interesar al que visite ó desee conocer tan renombrado Monasterio, ya en lo que se refiere á sus inapreciables riquezas artísticas, como en lo que toca al régimen de vida, usos y prácticas de los cartujos. Terminamos con unas ligeras consideraciones acerca de la Orden cartujana, que hemos creído oportunas, porque vienen á completar lo que decimos de la vida de los hijos de San Bruno.

Si á la vez que satisfaciendo la natural curiosidad del lector al indicarle lo más notable que contiene el Monasterio de Miraflores, lográsemos hacer comprender y estimar en lo que vale el espíritu de la antiquísima y sagrada Orden de la Cartuja, que tiene tanta ó más razón de existir hoy en medio de la febril agitación de la actual sociedad, que en las pasadas edades de mayor fé y más apacibles costumbres, daríamos por muy bien empleado el tiempo y trabajo invertidos en esta obrita.

Riberas del Arlanzón, 15 de Mayo de 1899.

CARTUJA DE MIRAFLORES



LA CARTUJA DE MIRAFLORES

I.

LA IGLESIA.

A unos cuatro kilómetros hacia la parte de levante de la ciudad de Burgos, en solitaria loma que domina extenso y ameno paisaje, mandó edificar Enrique III de Castilla á principios del siglo XV un palacio en medio de terrenos poblados entonces de bosques y abundantes en caza, á la que era muy aficionado aquel monarca. No mucho tiempo después, en 1442, su hijo y sucesor Don Juan II, apoyándose en cierta cláusula del testamento de su padre, convertía el palacio en monasterio de monjes Cartujos, bajo la advocación de San Francisco, título, que luego en vida del mismo rey fundador, cambió por el de Santa María de Miraflores. El viajero que llega á la antigua capital de Castilla la Vieja, ávido de con-

templar sus artísticos monumentos, no deja de visitar la famosa Cartuja de Miraflores. Para llegar á ella, ha de cruzar una larga alameda que á orillas del rio Arlanzón se extiende formando amenísimo paseo; al cabo de esta se encuentra la cuesta que conduce á la Cartuja. Pasa el camino á muy poco trecho que se comienza, por debajo de un arco de piedra que fué antigua puerta del cercado que cerraba los dominios del monasterio; un poco más arriba, se dejan á la derecha del que sube, extensas tapias que circuyen las huertas y el soto que fueron de los cartujos y hoy son de propiedad particular; y al final de la subida, se deja ver, ya muy cerca, el edificio del monasterio, por encima de cuyos primeros cuerpos asoma la hermosa móle del templo, que con su elevada altura, su fortísima construcción, sus ojivales ventanas y la artística crestería que la corona cortada de trecho en trecho por esbeltas agujas de piedra, dá la nota que caracteriza en lo exterior á este tan justamente celebrado monumento.

Si el benévolo lector quiere seguirnos en esta agradable excursión, crucemos la puerta principal del monasterio que cobijada por grandioso arco ojival y timbrada con los escudos reales se nos presenta al fondo de un reducido pórtico y nos franquea el encapuchado hermano portero, y entremos.

Lo primero que se vé es un despejado patio, y

en él, la pequeña puerta de la actual clausura



de Llercia

(nótese de paso en esta su rejilla de hierro, que fué hecha para llamador de la puerta principal) y la artística fachada de piedra de la iglesia, formada por un arco del más puro estilo gótico florido, que resguarda la cuadrada puerta, sobre la que hay una escultura de la Virgen al pié de la cruz, sosteniendo el cuerpo muerto de su divino hijo. Como detalle de esta fachada, llaman la atención

á derecha é izquierda del florido vástago con que remata el arco, dos gigantescos escudos soportados por leones, y en ellos esculpidas las armas de Castilla y de León en uno, y en el otro la *banda* con cabezas de dragantes, que tanto usó en sus sellos y blasones D. Juan II, fundador de este Monasterio.

Por encima de esta artística portada, que está coronada por una galería con balaustres, sobresale el frontispicio triangular de la iglesia, con la cruz por remate. El glorioso escudo de los Reyes Católicos,—Castilla y León con Aragon y Sicilia,—sostenido por un ángel, que resalta en medio

del grandioso triángulo, señala la época en que fué levantado este edificio.



Pasado el atrio, en el que el curioso lector podrá entretenerse en leer la inscripción latina que los monjes dedicaron á la insigne bienhechora de esta Casa Doña Isabel la Católica, hija del mencionado monarca fundador, por otra puerta grave

y sencilla, abierta en pleno arco apuntado, entramos en la iglesia. Las largas dimensiones de su única nave; —56 m. de longitud por 10 m. de ancha— los arcos de crucería que sostienen las bóvedas; los dorados florones de las claves; la graciosa crestería que á manera de sutil encaje contorna los múltiples arcos de la capilla mayor, única de este templo; los pintados vidrios de sus ventanas, todo contribuye á suspender el ánimo del que por vez primera admira esta iglesia, maravillosa creación del arte gótico del siglo XV. ¡Lástima grande que se desnaturalizara algún tanto la pureza de su estilo, con una série de numerosos cuadros que con sus marcos de yeso y otros impertinentes adornos, se pusieron en las paredes por el año 1657! Fué construida, como todo el monasterio, según los planos de Juan de

Colonia, arquitecto alemán que trabajó en la Catedral de Burgos, y á quien se atribuyen sus magníficas torres. Comenzaron las obras de la Iglesia de Miraflores en 1454, y no se inauguró hasta el año 1499, en que fué acabado el retablo. Merecen examinarse detenidamente, y una por una, todas las obras de arte que encierra este magnífico templo.

Al entrar en él, aparece en primer término una gran reja de hierro que deja cerrado un espacio entre ella y la puerta principal. Este lugar es el destinado para los criados del Monasterio y para el pueblo que asiste á los oficios,—hombres solo, pues á las mujeres les está vedada la entrada durante ellos.—A la parte interior de la reja y adosada á los muros laterales, está la sillería del coro de los hermanos legos, de elegante y severa forma, y estilo del Renacimiento. Fué tallada en nogal, en 1558, por Simón de Bueras, que recibió por su trabajo 810 ducados. Cada una de las catorce sillas, lleva esculpido en el respaldo la imágen de un santo, y sobre el saliente dosel que corona toda la sillería, van representados en bajo relieve, pasajes de la vida de Nuestro Señor Jesucristo. Columnillas estriadas, cartelas, menudas cabecitas, geniecillos, querubines y otras labores completan esta artística obra, llenando sus partes arquitectónicas. Una portezuela que comunica este coro

con el interior del Monasterio, contiene entalladas ocho pequeñas figuras que representan á los cuatro Evangelistas y á los cuatro Doctores máximos de la Iglesia latina. Queda cerrado el coro por delante, según el estilo de la Orden cartujana, por un tabique no muy alto, en medio del que hay una acristalada puerta con artístico marco de talla dorada, cuyo remate corona graciosamente una imagen de la Purísima con dos ángeles á sus lados que llevan sendos ramos de azucenas. En el friso de encima de la puerta, en letras doradas, se lee esta inscripción: *Felix Coeli Porta*; y á derecha é izquierda de aquella. de su mismo estilo y época, hay dos pequeños retablos; el uno contiene un lienzo con la Sagrada familia, el otro una tabla traída de Flandes, que representa la Adoración de los Magos. Otras cuatro tablitas también de la escuela flamenca y otras tantas más pequeñas y de menor mérito, completan estos dos retablos; las primeras llevan pintados pasajes de la Pasión y Resurrección del Salvador y las últimas los cuatro Doctores. Fueron colocados estos altares y la puerta en el año 1659.

A la parte interior de la referida puerta, está la sillería del coro de los monjes; primoroso trabajo de talla del más puro estilo gótico, en el que, el artífice Martín Sánchez, vecino de Valladolid, apuró toda la fantasía y destreza imaginables. Se acabó

de labrar en 1489, y duró la obra tres años, habiendo sido ajustada en 125.000 maravedís, sin contar el valor del nogal de que está fabricada, regalo de un bienhechor del Monasterio. Forman esta sillería, adosada á lo largo de las paredes del templo, cuarenta asientos, mitad á un lado y mitad á otro; sus adornos, compuestos en su trazado general por combinadas líneas geométricas enriquecidas con menudas hojas y otros elementos propios del estilo ojival florido, varían con tal diferencia de dibujos, que no se hallan dos iguales. El guardapolvo ó dosel corrido que la corona, está maravillosamente calado. Sobre el ámplio antepecho ó reclinatorio que se extiende por delante de las sillas, colocan los monjes los libros litúrgicos para cantar el oficio. Otras diez sillas de más sencilla construcción, emplazadas junto á la puerta de entrada, cinco á cada parte, completan esta sección de la Iglesia. Fueron hechas en sustitución de otras, iguales á las restantes góticas, que se destruyeron en tiempo de la guerra de la Independencia. La primera de la derecha, entrando, es la que ocupa el Venerable Padre Prior. No tiene insignia ni distinción especial alguna. Junto á estas modernas sillas son de notar dos antiguas portaditas, singularmente la de la derecha, que es por la que entran los monjes al coro. Bajo de su gracioso arco ojival, exornado con hojas de encina en los boceles, hay una preciosa estatuita de la

Santísima Virgen. Está sentada con el niño Jesús sobre su brazo derecho, mostrando en la misma



mano una flor; en la mano izquierda tiene un libro abierto, como si estuviese rezando en él las *horas*.

Junto á las gradas del altar mayor, en medio del templo, ocupando vasta extensión, y cercado por una verja de hierro, se halla otra notabilísima obra de arte; tal es el sepulcro de D. Juan II y de su esposa D.^a Isabel de Portugal, padres de la Reina D.^a Isabel la Católica, á cuyo amor filial, piedad y munificencia se debe tan grandioso mausoleo, como casi todas las demás obras de este templo. Forma la proyección de su plano, una estrella irregular de ocho puntas; su eje mayor mide 4^m 81, el eje menor 3^m 72, y su altura total es la de 2^m 17. Todo él es de blanquísimo

mármol alabastrino, y tal la exuberancia de su ornamentación, que á lo pronto que se mira no se sabe á dónde atender; si á los trepados follajes que le adornan; si á las múltiples figuritas de Profetas y Virtudes que le rodean; si á los escudos y leones que resaltan en los ángulos; si á los detalles arquitectónicos que le completan, ó si á las majestuosas figuras de los régios consortes que, ricamente vestidos, yacen sobre tan soberbio túmulo. Son dignos de estudio, tanto los rostros de las estatuas de los reyes, magistralmente esculpidos, como los minuciosos detalles de sus ropas, tan primorosamente cincelados y con tal nimiedad, como si de blanda cera estuvieran hechos. Al rey le falta la corona y la mano derecha con el cetro que empuñaba; una y otra desaparecieron durante las revueltas políticas de los primeros años de este siglo. El autor de tan celebrada obra de arte fué el maestro Gil de Siloe, vecino de Burgos, quien presentó los diseños á la Reina Católica en 1486, comenzó sus trabajos en 1489, y los dió por terminados en 1493. Bajo de este sepulcro está la cripta donde fueron colocados los cuerpos de D. Juan II y de su esposa Doña Isabel; y en esta misma cripta halló provisional entierro el cadáver de Felipe *el Hermoso* desde Septiembre de 1506 en que murió en Burgos, hasta Diciembre de aquél mismo año, en que lo hizo sacar su esposa D.^a Juana *la Loca* para tras-

ladarlo á Granada, dando lugar á aquellas fúnebres jornadas que relata Pedro Mártir de Anglería y ha inmortalizado el pincel de Pradilla.

Cuando en 1808 visitó Napoleón esta Cartuja, tal efecto le causó el sepulcro de Don Juan II, que quiso llevárselo á París; proyecto que no realizó porque le disuadieron los de su Estado Mayor, patentizándole la dificultad de trasladarlo sin destruirlo.

Muy cerca del sepulcro de los reyes, y adosado á la pared del lado del Evangelio á manera de gótico retablo de blanca piedra, levantó el mismo Gil de Siloe, otro monumental sepulcro. Dentro de artística hornacina cobijada por un grandioso arco conopial, aparece de rodillas ante un reclinatorio, la corpórea estatua del jóven infante Don Alonso, hijo de aquellos, y hermano de Isabel la Católica. Todo en esta obra es notabilísimo por su prolijidad y maravillosa ejecución. La figura del Infante; la aérea crestería de hojas que circuye el nicho ú hornacina; las dos esbeltas agujas góticas con los otros elementos que forman la parte arquitectónica; las figuritas del Apostolado que van de trecho en trecho á aquellas agujas adosadas; la valiente efigie del Arcángel San Miguel venciendo al dragón infernal, bajo del ángulo del arco con que el sepulcro remata; los dos guerreros armados, puestos en el basamento que

sostiene la estatua del Infante; las armas reales de Castilla y de León en medio de aquellos colocadas; las trepadas hojas de vid y de cardo de los boceles con los variados geniecillos que en ellas se entrelazan; todo es digno de admirar, ya por la maestría con que está ejecutado, ya por la múl-



tiple variedad que el artífice supo combinar con acertadísima habilidad, haciendo alarde de su rica imaginación. Terminó este sepulcro Gil de Siloe en 1492, poco antes que el de los reyes, y aquel

mismo año, fueron traídos desde Arévalo y colocados en él los restos de Don Alonso, muerto veinte y cuatro años antes. Junto á este sarcófago, pusieron los monjes el auténtico retrato de la Reina Católica, que ella misma les dió. En 1706 fué regalado á Felipe V, y en sustitución de él, se vé hoy un grabado inspirado en el mismo.

Llena casi todo el fondo del ábside de esta Iglesia, el grandioso retablo, cuya complicada traza á primera vista confunde y desorienta. Es de forma cuadrada, de estilo gótico en su último periodo, de madera, y dorado con el primer oro que trajo Cristóbal Colón de América al regreso de su segundo viaje, y presentó á D.^a Isabel la Católica, que á la sazón estaba en Burgos. Ocupa el centro del plano superior de este retablo, un devoto é imponente crucifijo, de tamaño mayor que el natural, encerrado dentro de una colosal corona ó circunferencia formada por multitud de ángeles. El Padre Eterno y el Espíritu Santo, representados por humanas figuras, sostienen la cruz sobre la que se vé el alegórico pelícano alimentando á sus hijuelos; al pié de ella están las imágenes de la Santísima Virgen y del Apóstol San Juan. Cuatro pasajes de la pasión, en relieve, ocupan los espacios que deja libres el crucifijo dentro de la gran corona que le circuye. Fuera de esta, se ven los Apóstoles San Pedro y San Pablo, y en

relieves de más reducidas proporciones, los Evangelistas y los cuatro Doctores latinos. En el centro del cuerpo inferior de este retablo, hay una artística custodia ó templete de época más moderna, y sobre él un nicho en el que mediante cierto mecanismo interior, se hacen aparecer los principales misterios de nuestra religión según la época del año: el Nacimiento de Jesús; su Bautismo por el Precursor; la Resurrección; la Ascensión; la venida del Espíritu Santo, y la Asunción de la Santísima Virgen. A los lados de la custodia están las imágenes corpóreas de San Juan Bautista y Santa María Magdalena, Santa Catalina y Santiago Apóstol, y á los extremos en alto relieve y en actitud de orar las figuras de D. Juan II y D.^a Isabel su mujer con sus respectivos escudos sobre los doseletes que las cobijan. El rey ostenta repetida en su túnica una insignia heráldica que también lleva en las ropas de la estatua yacente. Es una figura á manera de cuerno ancho por su base; quizá sea un *ristre* de armadura antigua, cuya figura se vé repetida en diferentes partes de esta Casa como emblema heráldico junto á los escudos reales. Aún puso el escultor en los planos intermedios de este cuerpo, y también en relieve, los pasajes de la Anunciación y la Cena, la Adoración de los Magos y la prisión de Jesús. Ángeles y diferentes Santos de más reducidas dimensiones, comparten con las caladas repisas y guardapolvos,

floridas agujas y artísticas molduras de puro estilo gótico, todos los espacios del extenso plano de este retablo. Remata por arriba y por los lados con una ancha y sutil crestería del más esquisito gusto, que deja adivinar la influencia de la fantasía morisca en las artes españolas de la Edad Media. Gil de Siloe, el mismo escultor que trabajó los sepulcros, ayudado por Diego de la Cruz, pintor avecindado en Burgos, comenzaron este retablo en el año 1496, y lo dieron por acabado tres años después. Su coste fué el de 1.015.613 maravedís.

Al pié del altar, y al lado derecho del espectador, hay un artístico sillón de nogal; el dosel que lo cubre termina con un gracioso pináculo gótico trasflorado con suma delicadeza. Es trabajo debido al mismo artífice que hizo la sillería del coro de los Padres, cuyo estilo guarda. Este sitial no está destinado para uso del Prior como vulgarmente se dice, sinó que sirve para el preste celebrante en ciertos actos de la misa mayor, cuyas ceremonias en esta Orden de la Cartuja, difieren bastante de las del ritual romano.

Detrás del altar mayor hay un reducido local destinado á Sagrario. En casi todas las demás Cartujas de España, esta pieza estaba ricamente decorada con mármoles, bronces y pinturas. En

esta de Miraflores hubo que aprovechar el breve espacio que dejaba el altar, y por no ser menos que las otras casas de la Orden, se decoró en el siglo XVII con varias pinturas al fresco alegóricas al Santísimo Sacramento, y ejecutadas con soltura y corrección de dibujo por el P. D. Cristóbal Ferrando, monje de la Cartuja de Sevilla. Los repintes posteriores apenas dejan ver la obra del Padre Ferrando. Lo más notable, y quizá lo único original que actualmente se puede apreciar, son las expresivas figuras de dos monjes, tamaño natural y al parecer retratos, que el citado padre pintó al fondo de las portezuelas de comunicación que están á los lados del altar mayor.

Antes de salir del templo y contemplando una vez más su espaciosa nave, merecen mirarse las antiguas vidrieras que cierran las ventanas. Fueron traídas de Flandes en 1484, y en expresivas y características historias representan las cinco de un lado la oración de Nuestro Señor en el huerto, la flagelación, coronación de espinas, Nuestro Señor cargado con la cruz, y la crucifixión. En las del lado opuesto se ven: El descendimiento de la cruz, la Resurrección, la Ascensión, la venida del Espíritu Santo y la Gloria. Las tres vidrieras de colores que hay en las ventanas del fondo del ábside, no son compañeras de estas; datan de fecha muy posterior á ellas; fueron colocadas en 1657,

y probablemente las fabricaría Simón Ruiz, vi-
driero de la Catedral de Burgos.

Adosadas á la parte del templo que recae al campo, hay cinco capillas edificadas en varias épocas, pero todas de la primera mitad del siglo XVI: La Sacristía; la de San Bruno; la de la Virgen de Miraflores; la de Nuestra Señora de la Compasión, y la de la Virgen de Valvanera. Su arquitectura es de escaso mérito escepción de la de la Sacristía, que es la más antigua, de marcado corte ojival, pero sin particularidad alguna digna de especial mención. Aquí se veneran en un altar las reliquias de varios santos, en su mayor parte salvadas de la profanación que de ellas hicieron las tropas francesas en 1808 al llevarse los relicarios de plata que las contenían, restituida que ha sido su autenticidad, después de un minucioso expediente canónico llevado á término en el pasado año 1898 con grande alegría de los monjes de esta Casa, que siempre estarán reconocidos por el sumo interés que tomaron en tan delicado asunto, al Excmo. Sr. D. Fr. Gregorio María Aguirre, dignísimo Arzobispo de Burgos, y al Dr. D. Jesús Cortón Gayoso, Juez delegado al efecto.

De los antiguos tapices, ornamentos y ricas joyas de orfebrería que se guardaban en esta Sacristía, muy escasos restos quedan; desapareció

la custodia para la fiesta del Corpus y otros muchos objetos de arte con la invasión francesa, é



incautaciones posteriores. No obstante, se salvaron de aquellos despojos un antiguo Cáliz llamado de Don Juan II, y algunas casullas con bordados de imaginería.

La Sacristía está separada de las otras cuatro capillas mencionadas, que se comunican entre sí por pequeñas puertecitas. La más próxima á aquella, es la de San Bruno, y en ella se venera la famosa estatua del Santo Fundador de los cartujos; valiente escultura de enérgica expresión y admirable realidad, debida al cincel del portugués Manuel Pereyra, artista residente en Madrid en la primera mitad del siglo XVII. Algunos aseguran que fué regalada á este Monasterio por el Cardenal Zapata, Arzobispo de Burgos, y en su elogio suele decirse, que, contemplándola en cierta

ocasión Felipe IV con algunos cortesanos, dijo uno de ellos ponderando su gran realismo:—«*No*



le falta más que hablar»;—y que el rey le contestó:—«*No; no habla porque es cartujo.*»—Esta anécdota, sintetiza el mérito de la imagen. Eclipsadas quedan por tan preciada obra varios cuadros que cuelgan de las paredes de este mismo local: un gran tríptico de la escuela flamenca; una Magdalena que se atribuye al pintor Ribera, aunque muy dudosamente; cinco tablas con la historia de la Invención de la

Santa Cruz, de la antigua escuela de Castilla, y otras varias pinturas.

La capilla que sigue á la de San Bruno, es la de la Virgen de Miraflores. Un devoto monje de esta Casa que después fué prior en ella, el Padre D. Nicolás de la Iglesia, separó de entre las estatuas que circuyen el sepulcro de D. Juan II, una pequeña imágen de Nuestra Señora amamantando al Divino Infante y la singularizó con el título de *Miraflores*. Sucedió esto en 1645, y dos años después se le dedicó esta Capilla, que fué profusamente pintada con alegorías de la Inmaculada Concepción, por el Padre Ferrando, el mismo que decoró el Sagrario. Los repintes posteriores y las humedades, han borrado casi en su totalidad la obra de aquel Padre. No obstante, la gente piadosa y sencilla se complace en ver los diferentes pasajes y barrocos adornos. Ni la capilla llamada de la Compasión, ni la de la Virgen de Valvanera, contienen cosa digna de mencionar. Esta última, con puerta independiente al campo, era la destinada para oír misa el pueblo, y el único local del Monasterio en que podían entrar las mujeres antes de la exclaustación de 1835.



II.

EL MONASTERIO.

Vista la Iglesia de Miraflores, que bajo el concepto artístico es lo principal, resta por ver el interior del Monasterio. Obtenido el correspondiente permiso que solo á los hombres es concedido, se franquea la puerta de la clausura. Dos diferentes aspectos, bien que sabiamente unidos, tiene la regla de los cartujos: la vida solitaria y la vida de comunidad. Correspondiendo á estas dos distintas fases, dos claustros principales suelen tener tambien sus monasterios; al rededor del uno, están las celdas, dentro de las que practican los monjes la vida de soledad. En el otro, de más reducidas proporciones, están emplazados los edificios necesarios para la vida común: la iglesia; el capítulo; el refectorio. Y aquí en Miraflores, como en todos los conventos de la Orden de San Bruno, junto á la Iglesia, y en directa comunicación con ella, está el claustro que podíamos llamar de la vida común, que dá entrada por uno de sus lados al Capítulo y á unas pequeñas capillas; y por otro, al Refectorio. Es su arquitectura, antigua, con bóvedas por arista, pintadas estas con hojarasca

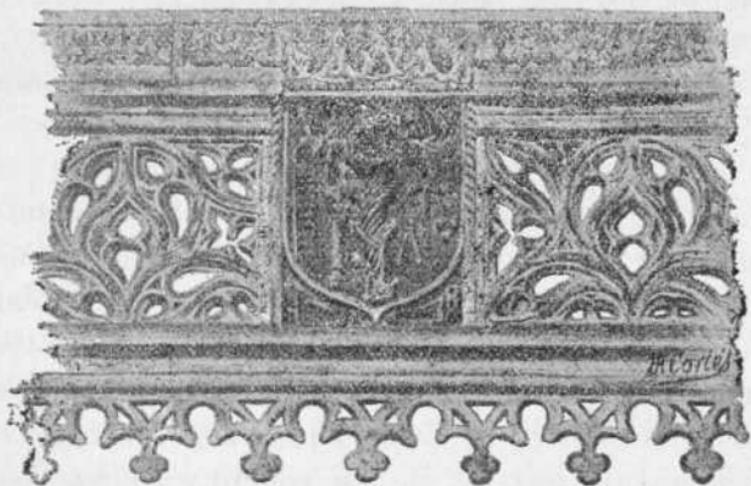
y grutescos al claro obscuro. Las ventanas por donde recibe la luz, son de piedra con sencillos rosetones, y estuvieron cerradas con vidrios pintados traídos de Flandes, de los que aún quedan algunos restos. Antes de la guerra de la Independencia, habían repartidos por sus paredes veinte y un lienzos, con las historias de los mártires cartujos de Inglaterra durante la persecución de Enrique VIII. Eran estos cuadros, de mérito, y lo tenían mucho más para esta Casa, por ser obra de Diego de Leyva, pintor, que en edad ya proveya, profesó en ella como hermano converso. Aquellos cuadros han sido sustituidos por otros de diferentes asuntos sagrados y de mediano valor artístico. Al lado de la puerta de la Iglesia, hay en este claustro, un ingenioso cuadro en el que están inscritos los nombres de los monjes y tiene además varios encasillados; por medio de letras sueltas iniciales, se señala en él lo que cada uno ha de hacer en el día, tanto en lo que se refiere á actos del culto, como á otros de comunidad.

El Capítulo es una espaciosa capilla con bóveda de arcos apuntados que lleva en sus claves característicos florones góticos. Un retablo dorado, de talla churrigueresca, llena todo el fondo de esta pieza. En el nicho central se venera una vistosa imágen de la Virgen del Rosario; en las hornacinas laterales están colocadas dos grandiosas es-

culturas de dos santos cartujanos: el Beato Nicolás Albergati, Cardenal que floreció en el siglo XV, y San Hugo, obispo de Lincoln en Inglaterra. Un banco corrido con alto respaldo, todo de nogal, circuye el ámbito de esta Capilla que está destinada para determinados actos de comunidad. También estuvo decorada con varios cuadros de la vida de San Bruno, pintados por Fray Diego de Leyva, que se perdieron como los del contiguo claustro. Hoy se ven ocho cuadros con otros tantos santos anacoretas. Son copias de Martín Woos, pintor flamenco del siglo XVI. Acabóse esta capilla en 1490. El retablo se mandó labrar en el siglo XVIII para colocar en él el San Bruno de Pereyra; pero como la luz era contraria á esta preciosa estatua, los monjes con muy buen acierto, la hicieron quitar de aquí y la trasladaron al lugar donde hoy está.

Del Capítulo pasemos al Refectorio, dejando por ver tres reducidas Capillas que hay al mismo lado de aquel, y dedicadas en la actualidad al Santísimo Cristo, á la Purísima Concepción, y á San José; esta última, con una buena escultura de dicho Santo, obra de D. Damián Pastor de Valencia, hecha y colocada aquí recientemente, en 1898. Es el Refectorio, una muy sólida y despejada pieza de antigua arquitectura. Se terminó en 1461, y sirvió de provisional Iglesia, mientras se

labraba esta. Su bóveda está sostenida por robustos y elegantes arcos apuntados, combinados con otros secundarios. Las claves llevan preciosos florones dorados con los escudos de las armas reales. Bajo de una sencilla cruz preside esta hermosa estancia, un gran cuadro de la Cena, de escaso mérito, firmado por Paulino Villanueva, en 1817. Antes hubo otro en el mismo lugar, también con la Cena, mucho mejor que este; era obra de Claessens, pintor de la escuela flamenca. Aquí en el Refectorio, un bajo tabique separa como en la Iglesia, el lugar que ocupan los Padres monjes, del de los hermanos legos. Son de notar



en este tabique divisorio, el calado gótico que á manera de ancho friso lo corona, y las labores del mismo estilo que sirven de marco á la puerta que hay en el centro; y no es de menor mérito, el

trasflorado dibujo de un púlpito que hay adosado á una de las paredes. No es del caso mencionar la limpieza, el aseo y sencillez, con que están dispuestas las largas mesas á uno y otro lado de esta pieza. Solo se reúnen los religiosos en este Refectorio, los domingos y días festivos, pues los demás días comen solos en sus respectivas celdas. Más que local destinado á ordinario uso de la vida, parece respetuoso lugar de oración; y lo es en efecto; pues mientras la comunidad está comiendo, uno de los monjes lee en latín y en tono de lección litúrgica, algún texto de la Escritura sagrada, ó alguna homilia de los Santos Padres; lectura que por ningún motivo ni en ninguna ocasión se dispensa, contribuyendo al mayor recogimiento y provecho espiritual de los comensales.

Del Claustro pequeño que es el descrito, se pasa al Claustro grande en el que están las venticuatro celdas de los Padres. Sesenta metros mide cada una de sus cuatro galerías, completamente blanqueadas é iluminadas por la misteriosa y á la vez clara luz, que le comunican sus múltiples ventanas recayentes al despejado patio central. Sus bóvedas por arista, llevan sencillos floroncitos, arabescos unos, y con los reales escudos otros; fueron construidas en el año 1460 por maestros venidos de Sevilla, á quienes se les dieron por la obra de mano 123.527 maravedís, que según el

documento que anota este dato, equivalen á 3.633 reales 5 maravedís. Al rededor de este claustro,



y guardando proporcionada distancia, están las puertas de las celdas, marcadas con crucecitas y distinguidas unas de otras según la costumbre de esta Orden, por una letra inicial; al lado de cada puerta hay un pequeño ventanillo por donde se sirve la comida al monje que ocupa la celda. Estas, están todas construidas bajo un mismo plan. Una habitación en la planta baja, donde suele estar instalado un torno, un banco de carpintería, ó los útiles necesarios para algún otro oficio mecánico, en el que pueda ejercitarse el

monje ocupando algún tiempo en el trabajo manual que prescribe la regla. Detrás se vé un jardincito con su pila y grifo de agua potable y un pequeño cobertizo. En el piso alto hay un departamento con una mesa y unos estantes con algunos libros; la alcoba con una tarima de madera y su gergón de paja; un cuartito ropero, y una pequeña pieza destinada á oratorio con algunas estampas de devoción y un crucifijo, ante el que el religioso hace sus largos rezos. En uno de los ángulos de este claustro, está la biblioteca. Libros de Teología, Santos Padres, y de Historia eclesiástica constituyen el principal surtido de ella. En otro ángulo, el de la entrada, hay una pintura al fresco que representa á Nuestro Señor Jesucristo en la Cruz, con San Juan y la Virgen. Se atribuye al italiano Vicencio Carduchi, artista del siglo XVII que pintó una grandiosa colección de lienzos para la Cartuja del Paular.

En el centro del extenso patio cuadrado de este claustro, hay una gran fuente de piedra que á la vez que de adorno, sirve de depósito de agua para el riego de las tierras de este mismo patio, que se han utilizado para el cultivo, ya que la comunidad carece ahora de terrenos más apropósito para huertas. Uno de los cuarteles de este mismo patio, cerrado por verde cerca de boj, está destinado á cementerio. Una columna de piedra sosteniendo el signo de la redención, se levanta en medio del

sagrado recinto, y algunas otras sencillas cruces de madera, señalan el lugar de los últimos enterramientos; los antiguos padres solían distinguir el postrero de estos poniéndole una cruz de hierro. No hay ninguna lápida, ni inscripción, ni sepultura especial, ni esta Orden permite distinción



alguna en sus cementerios. Ni aun en ataud se coloca el cadáver del religioso cartujo, que es depositado en la desnuda tierra humildemente envuelto en su mismo hábito, y puesto sobre una estrecha plancha de madera. Al pié mismo de las gradas de la cruz central, yace el cuerpo del Ve-

nerable Padre Antonio Molina, muerto en 1612, uno de los más distinguidos monjes de esta Casa, y autor de celebrados tratados espirituales. No hace muchos años se aseguraba que su cuerpo estaba aun incorrupto.

No cansaremos más al lector, haciéndole andar por corredores y pasadizos, ni dar vuelta al claustro de los hermanos, ni entrar por los talleres y oficinas de la herrería, establos, carpintería y otros, siempre á cargo de hermanos entendidos y espertos en los respectivos oficios; ni siquiera le molestaremos haciéndole subir á la hospedería, donde se conserva intacta una chimenea con góticas labores, que es conocida por la chimenea de Carlos V, recordando el hospedaje que aquí recibió el gran Emperador, cuando en 1520 visitó por primera vez esta Cartuja. Solo le haríamos notar al paso, la pintura antigua del artesonado de uno de los pasillos, quizá restos del primitivo palacio de Enrique III, y saliendo por otros largos corredores y galerías, vendríamos al patio donde recae la portada principal de la Iglesia; el mismo por donde comenzamos nuestra visita. Y es tal la impresión que causa, y el interés que despierta la vida de los cartujos al recorrer el interior del Monasterio, que con frecuencia esta impresión é interés, borran ó aminoran en muchos, el efecto que produjo el minucioso exámen de las

maravillas de arte, que atesora la Cartuja. A satisfacer pues los vivos deseos del lector, dándole á conocer lo íntimo de la vida de los hijos de San Bruno, vamos en el artículo siguiente.



III.

LOS CARTUJOS.

Hace más de ochocientos años que San Bruno, Doctor teólogo de la Universidad de París, y canónigo de la Iglesia Catedral de Reims, dejándolo todo para entregarse todo á Dios, se retiró con otros seis compañeros al desierto de la Cartuja en el Delfinado de Francia, dando origen á una Orden religiosa, que aun hoy, apesar del tiempo trascurrido, brilla con toda la fuerza de su primitivo fervor. El fin que se propuso San Bruno al retirarse al desierto, fué darse de lleno á la vida contemplativa mediante la penitencia y la oración, y supo con tal acierto trazar los puntos capitales de su regla, que para evitar los peligros de la vida eremítica practicada en absoluta soledad, la hermanó con la vida cenobítica, y la discreta combinación de ambas es lo que dá fisonomía especial á la Orden de la Cartuja. Y es lugar oportuno este, antes de pasar adelante, el advertir, que esta Orden es completamente distinta de la de los Trapenses; que no es cierto que en la Cartuja cada monje se cave diariamente su sepultura; ni menos el que los religiosos se saluden con determinadas

frases que renueven el pensamiento de la muerte; ni que el silencio sea tan absoluto, que hayan de apelar á señas para comunicarse, ni algunas otras vulgaridades que suelen añadirse. Respetando y aún alabando las prácticas de otras muy santas congregaciones religiosas, solo diremos que la regla de la Cartuja es modelo de prudencia, tanto en su conjunto, como en sus últimos detalles; lo mismo en lo que se encamina á la vida solitaria, como en lo que se refiere á los actos de comunidad.

La vida de soledad, la practica el monje en su celda. Dentro de ella, diremos con el autor de la Historia de *La Real Cartuja de Miraflores*, «es »donde el solitario cartujo despliega las velas de »su fervor, como navío que cruza el mar con »viento favorable; la soledad es para él como »fragua que fortifica su alma y como crisol que la »depura; en el retiro de la celda, triunfa el monje »armado de la Oración, de los tremendos ataques »con que el espíritu maligno le asalta, recibiendo »como premio en estas luchas, celestiales resplan- »dores que le trasportan á gozar de las divinas »dulzuras. La celda es para el contemplativo, mís- »tico locutorio donde explaya su alma en amo- »rosos coloquios con su Dios y Señor; es la ante- »puerta de la celestial Jerusalem, donde los esco- »gidos para ejercitarse en tan singular género de »vida, aseguran con San Pablo, *que ni ojo vió, ni »oido oyó, ni pasó á hombre por pensamiento,*

»cuales cosas tiene Dios preparadas para aquéllos que le aman.» En la celda, separado de todo humano comercio, no permanece ocioso el monje.



¿Cómo podría soportar semejante género de vida si tuviera por base la inacción? En la celda tiene, no á su voluntad, sinó previsto por la regla,

distribuido el tiempo para la meditación, lectura espiritual, oración, estudio, trabajo manual ya en el pequeño taller, ya en el cultivo del jardín particular. El silencio que al cartujo impone la misma regla, es con facilidad practicado mediante el aislamiento en que vive. Pasan muchos días en que no tiene necesidad de desplegar sus labios, pero tiene plena libertad de comunicar con los superiores ó con sus iguales cuando las circunstancias lo exigen. Verdad es que lo que tiene que decir lo ha de decir con las menos palabras posibles, y no por señas, sinó valiéndose de la lengua, pues como dicen las antiguas reglas de la Orden, para ésto nos la ha dado Dios. El rigor del silencio está tem-

plado con suma prudencia en la Cartuja. Una vez cada semana se reunen los Padres y salen al campo por los alrededores del Monasterio; suelen durar estos paseos unas dos horas y media. Los días festivos, tienen también un rato de distracción juntos, pero sin salir del Monasterio. La más franca y apacible expansión reina en sus conversaciones que á la par que fortalecen el ánimo, contribuyen á estrechar los lazos de la caridad fraterna.

En la celda y solo, come todos los días no festivos el cartujo. Los domingos y fiestas comen todos juntos en el refectorio, como ya en su lugar se dijo. La abstinencia de carne es absoluta en la Cartuja; ni aun en las enfermedades les está permitido el comerla. Esta mortificación que ha dado en tiempos antiguos lugar á impugnaciones y disputas, ha sido sancionada por varios Romanos Pontífices, y es una de las cosas que caracterizan á esta Orden. Pueden beber vino, pero manda la regla que esté mezclado siempre con agua á discreción de cada uno. Un día cada semana hay abstinencia rigurosa á pan y agua. Puede dispensar de ella el Prior habiendo alguna causa justa. Los ayunos duran desde mitad de Septiembre á Pascua; en todo este tiempo y en todos los viernes del año, solo hacen una comida á las once; al anochecer pueden tomar un poco de pan y vino. Durante el Adviento y la cuaresma les están prohibidos los lacticinios y huevos.

Riguroso y aun exagerado parecerá á algunos semejante régimen; pero la práctica tiene demostrado que no es opuesto á la salud; antes por el contrario, los casos de longevidad son muy comunes en la Cartuja. Muchos mueren de más de ochenta años y no son pocos los que llegan á los noventa; y esto aun en nuestros tiempos.

La vida aislada y solitaria, está combinada con los actos de comunidad. Tres veces por lo menos se reunen los cartujos en la Iglesia cada día: por la mañana, á las siete menos cuarto para la Misa conventual; por la tarde sobre las tres, para cantar Vísperas; y á media noche para cantar Maitines. Todo el resto del tiempo lo pasan en la celda. Los días festivos todas las horas del oficio mayor son cantadas en la Iglesia, excepción de las Completas que siempre las dicen en particular, cada uno en su celda. A las cinco y media ó á las seis de la tarde, segun sea el oficio del día siguiente festivo ó no, toca el *Angelus*; rezan Completas y se acuestan para levantarse á las diez y media ú once de la noche—según la clase del oficio,—y dichos en la celda los Maitines de la Santísima Virgen, al segundo toque de campana, acuden á la Iglesia donde permanecen de dos y media á tres horas cantando las divinas alabanzas. Todo en el canto litúrgico de la Cartuja es espiritual; nada que alague á los sentidos; ni órgano, ni instrumento alguno, ni canto figurado que pueda regalar al

oido con el artificio de la composición; nada de esto; el canto llano grave, cadencioso, algún tanto monótono si se quiere, pero nacido del corazón, recitado con suavidad, sostenido con fervor, y dejando percibir las voces ya débiles y gastadas de los ancianos unidas á las robustas y viriles de los que están en la plenitud de la vida. ¡Quién pudiera expresar las dulces emociones que durante este tiempo experimenta el monje cartujo! Duro es en verdad romper el sueño en lo más fuerte de él; penoso el salir de la celda y cruzar los fríos claustros en las rigurosas noches de invierno; largas parecerán á muchos las tres horas que permanece el monje casi inmóvil, ya de pié, ya sentado en la dura silla del coro; pero en cambio, ¿qué dulzuras no experimenta? ¿qué bálsamo no van depositando en su corazón las sublimes palabras de los salmos? ¿qué suavidad no difunde la divina gracia en su espíritu? Allí, en las oscuras horas de la noche cuando todo en el mundo reposa menos el génio del mal, al pié del tabernáculo, donde mora Jesús en la Sagrada Eucaristía, eleva el cartujo lleno de fé sus plegarias, orando por los que no oran, y ofreciéndose como víctima por el mundo prevaricador; y el mundo por quien ora y por quien se ofrece, ni comprende el valor de la oración ni estima el mérito del sacrificio. Suena la campana con voz grave y pausada *el Angelus*; son las dos ó más de

la madrugada; y, llenos de santa alegría salen los monjes del coro para rezar en la celda prima del oficio de Nuestra Señora y otras oraciones, y vuelven á acostarse, hasta que les llama de nuevo el tañido de la campana, á las seis en los días feriales y á las cinco y media en los días festivos para comenzar de nuevo el rezo, con prima del día.

La vida del cartujo puede decirse que es una continua oración. La recitación del oficio divino, ya en privado ya en comunidad, le ocupa la mayor parte del tiempo. Además del oficio mayor todos los días reza el oficio de la Santísima Virgen y muchos días añade el de difuntos. Las vísperas y maitines de este oficio se salmodian en el coro después de vísperas del día, y los laudes también en el coro, por la noche, entre maitines y laudes.

Así como la noche puede considerarse dividida según el régimen de la Cartuja en tres partes, la primera y la última para el descanso, y la del medio para la oración, también el día resulta distribuido en otras tres. Desde prima á sexta, esto es, de seis á diez de la mañana, se ocupa el monje en ejercicios espirituales: oficio divino, adoración al Smo. Sacramento seguida de la misa Conventual, celebración de las misas rezadas, meditación en particular, etc., etc. Desde las diez de la mañana á las dos y media de la tarde, segunda parte del día, se ocupa el tiempo en la comida, trabajo manual y estudio. Y á las dos y media, úl-

tima parte, vuelve á emprender los rezos y ejercicios espirituales, comenzando por las visperas, y terminando el día con las completas, después de la frugal cena ó colación, acostándose poco más de las seis de la tarde.

Si original resulta el método de vida en esta Orden, no lo es menos su organización. La comunidad de



una Cartuja, puede considerarse como dividida en dos; forman la una, los padres monjes, y la otra, los hermanos legos.

Nunca se reúnen los legos con los padres ni tienen comunicación alguna, excepto en los casos que lo exige la necesidad por razón de los respectivos cargos. Los padres visten hábito blanco de igual corte que el que lleva San Bruno; la ropa interior siempre es de lana y además llevan un áspero cilicio de cerdas á raíz de la carne. Los hermanos conversos usan túnica blanca igual á la de los padres, pero el escapulario que forma el capuchón, es mucho más corto que el de aquellos, recortados sus ángulos por bajo en forma redonda

y sin las trabas que une la parte de delante con la de detrás como se vé en San Bruno. Cuando salen del Monasterio, lo cual sucede en muy raras ocasiones, cubren los padres su hábito con una luenga capa negra y llevan sombrero también negro. Los hermanos, se ponen así mismo una capa color castaño obscuro, con sombrero de igual color. Los hermanos conversos, que á diferencia de los hermanos donados son los que han hecho votos religiosos, se dejan crecer la barba en señal de penitencia, según dice la regla, lo que dá á algunos, venerable aspecto; llevan la cabeza completamente afeitada; costumbre que trae su origen de la Edad Media. Los monjes, llevan el rostro rasurado y un estrecho cerquillo en la cabeza.

La línea divisoria entre padres y hermanos, es el sacerdocio. Así es que los que aspiran á aquel estado, ó han de ser sacerdotes, ó han de tener aptitud y condiciones para poderlo ser. Luego que un *postulante* se presenta, permanece un mes por lo menos á la prueba en la celda que se le designa, y asiste á los actos de comunidad con manto negro y bonete. Si es admitido, se le viste el hábito y sobrepuesta una capa igualmente negra, comienza el noviciado. Cumplido el año que este dura, y obtenida la aprobación de la comunidad por reunir las condiciones de salud, carácter, aptitud para cantar en el coro y demás que determinan su vocación, hace la profesión simple que

dando por su parte ligado con los votos monásticos, y á los cuatro años á contar desde esta misma fecha, pronuncia la profesión solemne si se le juzga apto.

Los hermanos pueden hacer también los votos simples y solemnes. Para esto, el primer año lo pasan de postulantes con su traje de seglar; el segundo con el hábito de la Orden; y al terminar estos dos años, hecha ya la *donación*, siguen otros cinco años con el mismo hábito que es de color castaño obscuro, y para los divinos oficios blanco. Al cabo de estos últimos cinco años, pasan uno de noviciado, y trascurrido este, hacen los votos simples, y después de otros tres pronuncian los solemnes. Al séptimo año, desde que entraron en la Orden, dejan crecer la barba y se les rasura toda la cabeza y el bigote, no usan ya el hábito obscuro y se quedan para todo con el hábito blanco; y cuando hacen los votos solemnes llevan como los padres Monjes rosario y cinturón. Ya se supone que, para todos estos diferentes grados, es necesario que se les juzgue dignos por los padres y que los mismos hermanos quieran ascender; á lo menos, después de hecha la *donación*. La *donación* es una promesa formal por la que se sujetan á la Orden, pero sin votos.

La institución de los hermanos legos en esta Orden tiene la particularidad de haber nacido en su primitivo origen. De los seis compañeros que

se retiraron al desierto de Grenoble con San Bruno, dos eran simples legos. Su ocupación es la de atender á las cosas temporales de la Casa bajo la obediencia inmediata del padre Procurador, dejando vacar por completo á los padres á las cosas espirituales. Asisten siempre á media noche á maitines, y los días festivos á todo el oficio siguiendo á los padres en las ceremonias del culto. Nunca comen carnes, tienen ciertos rezos, y observan los ayunos y abstinencias.

El Gobierno de la Cartuja está confiado al *Prior*, que rige á la comunidad con el ejemplo y puntual observancia. Auxilian al Prior en el régimen de la Comunidad, el *Vicario*, que le sustituye generalmente en las ausencias; el *Procurador*, que cuida de las cosas temporales; el *Coadjutor*, si es que lo hay, suele tener á su cargo el entenderse con los que de fuera vienen á la Cartuja á hacer ejercicios espirituales, en las Casas en que existe esta costumbre; y el *Maestro de Novicios*, á cuyo cargo están la instrucción y dirección de los postulantes, novicios y monjes profesos de votos simples. Para la enseñanza de los monjes que habiendo de ascender á las Sagradas Ordenes necesitan completar sus estudios en la Cartuja, son designados por el Prior, aquellos padres que juzga más apropósito por su ciencia y demás cualidades á este fin.

Depende este Monasterio de Miraflores, como

todos los demás de la Orden cartujana que hoy existen restablecidos en Francia, Italia, Suiza, Inglaterra y Alemania, del Reverendo Padre Prior General, que reside y siempre ha residido en la Gran Cartuja de Grenoble. Allí se celebran anualmente los Capítulos generales á los que acuden los superiores de todas las Casas. Cada dos años se practica la visita de estas por dos padres nombrados por el Capítulo. Es admirable la organización robusta y vigorosa de la Cartuja. No parece si no que su Santo Fundador le imprimió sus energías, y tal empeño pusieron siempre sus hijos en imitarle, que jamás ha tenido esta Orden necesidad de reforma alguna, ni es de esperar que la tenga.

Pasó el viento de la Revolución que acabó con casi todas las Casas de los Cartujos, extendidas por toda la Europa; llegó á cerrarse la Gran Cartuja cuna y madre de tan santa Religión; quedaron extinguidas el año 1835 con la supresión de los regulares, los diez y seis Monasterios de esta Orden que existían en España, y por especial providencia se exceptuó en cierto modo de esta radical medida, la Cartuja de Miraflores que con la aquiescencia del Gobierno de la Nación, continuó ocupada por algunos venerables monjes, que, entusiastas por las glorias de su Orden, y sacrificándose por sostener esta su monumental Casa, vivieron aquí practicando la regla en cuanto les era

posible, dada su anormal situación, bien que, después los hábitos monacales. Así permanecieron muchos años aquellos respetables religiosos en muy reducido número, atrayéndose las simpatías de todos cuantos venían á visitar este Monasterio.

Puesta la Cartuja de Miraflores á disposición del Arzobispo de Burgos, en el año 1880 el Excelentísimo Señor D. Anastasio Rodrigo de Yusto que ocupaba entonces esta Sede, viendo la avanzada edad de los tres antiguos monjes, únicos que á la sazón la habitaban, y lo difícil y costoso que había de resultar la conservación de tan extenso edificio, acudió al General de los cartujos, y aquel mismo año quedaba restablecida la comunidad con religiosos españoles profesos en las Cartujas de Francia, á los que se unieron los ancianos que aquí quedaban y comenzaron desde luego á recibir novicios. El personal que ocupa este monasterio al escribir estas líneas (Mayo del 1899) lo forman diez y nueve Padres Profesos, y tres novicios, con diez y siete hermanos legos entre conversos y donados.

Muy recientemente, acaba de determinarse la apertura de otra Cartuja en España: la de Montalegre cerca de Barcelona, que han ido á ocupar ya algunos religiosos. De sentir es para los que conocen esta Orden, y conociéndola la estiman, que no se extienda más por España, restableciendo ó abriendo nuevas Casas, ya que la preocu-

pación que contra las Ordenes religiosas existía ha desaparecido en gran parte, y dada la utilidad espiritual que á la Iglesia reportan las Órdenes contemplativas, entre las que la de San Bruno ocupa muy preferente lugar.



IV

LA VIDA CONTEMPLATIVA.

El que haya tenido el placer de admirar la monumental Cartuja de Burgos, indudablemente sabrá estimar el valor de sus artísticas riquezas. Lo que no todos sabrán apreciar, es el mérito de la vida de sus moradores los cartujos.

Existencia triste parece á primera vista la de estos hombres encerrados entre paredes, sin familia, sin amistades ni relación social alguna; y se engaña por completo quien así discurre. El cartujo que tiene verdadera vocación, —y si no la tiene verdadera no llega á serlo,— cuenta con múltiples medios para estar continuamente encendido en el amor de Dios; y el amor de Dios es manantial inagotable de alegría espiritual, y por ende enemigo irreconciliable de la melancolía y del tédio.

La áspera penitencia del cartujo que llena de santa edificación á las almas sinceramente cristianas, espanta á los católicos tibios, y desorienta á los hombres sin fé, que no aciertan á comprender sus saludables efectos. Los ayunos, la perpétua abstinencia de carnes, la dura cama, el inte-

rrumpir el sueño á media noche, los vestidos de lana burda, la disciplina, el cilicio, y todas las demás mortificaciones del cartujo, tienden con admirable prudencia dirigidas, á un solo fin: á someter la carne al espíritu, no obrando contra naturaleza, que esto sería destruir la obra del Creador, si no cercenando todo lo supérfluo que el cuerpo pide, y solo concediéndole lo estrictamente necesario; así logra el espíritu mayor libertad para entrar en las regiones de la contemplación, y acercarse á la Divinidad. Ciertamente es que el cuerpo siente las privaciones que se le imponen, pero cuanto el cuerpo pierde, el espíritu lo gana. Además todas estas mortificaciones son un verdadero sacrificio que el religioso une al sacrificio del divino modelo Jesús, para ofrecerlo al Padre Celestial.

No falta quien lamenta que se pierdan lastimosamente en la inacción las inteligencias y las energías de estos religiosos, que ni predicán, ni confiesan, ni enseñan, ni ejercen fuera de sus monasterios oficio alguno, permaneciendo en sus desiertos alejados de la sociedad y del pueblo fiel. Pero olvidan ó ignoran los que así opinan, el mérito y el valor de la contemplación. Muy errado concepto suele tenerse de las Ordenes religiosas puramente contemplativas. No; no es la vida contemplativa como generalmente suele creerse, obra de un estéril egoísmo individual, sinó que tiene

un fin, una importantísima misión que llenar dentro de la Iglesia de Jesucristo. Es una verdadera obra apostólica cuyo valor llegan á desconocer y á desvirtuar hasta muchos de los mismos que por razón de sus cargos y estudios debieran conocerla. ¡Funestísimo error! hijo como tantos otros, del moderno racionalismo, que ha pretendido sutilmente empañar y oscurecer hasta los más claros conceptos de las verdades de nuestra santa Fé.

Ya que hemos descrito la Cartuja de Miraflores, y hemos procurado dar á conocer la vida íntima de sus habitantes, coronaremos este trabajo, demostrando que el monje cartujo, como todos los demás religiosos contemplativos, al permanecer encerrado en su claustro, llena un fin importantísimo dentro de la Iglesia Católica; ejerce un ministerio tan útil y tan necesario por lo menos, como el que ejerce el religioso de vida activa. Para ello tenemos el camino ya trazado; nos basta seguir á un moderno y anónimo escritor, que con enérgica é inflexible lógica, prueba esto mismo, en un precioso folleto que titula «*La Vie Contemplative. Son Rôle Apostolique.*» (*La Vida Contemplativa. Su importancia dentro de la Activa*), muy digno de ser leído en las presentes circunstancias por que atraviesa la Iglesia. He aquí algunos de sus pensamientos entresacados de los primeros Capítulos:

«Todas las potestades del infierno, dice, se han conjurado para apartar á las almas del camino de la fé. Siempre ha sucedido esto y sucederá mientras quede en el mundo un alma á la que poder derribar. La vida presente es un continuo combate en el que no solo hay que pelear contra la carne y sangre, sinó también contra los príncipes y potestades invisibles que rigen las tinieblas de este mundo, los cuales son personificación del espíritu del mal. (*Ad. Eph, VI, 12*). La fé es la gran potencia que puede oponerse á las asechanzas del demonio (*I. Petr. V. 9*). Mas no basta un grado cualquiera de fé para luchar y vencer á toda clase de espíritus infernales. Existen *los grandes demonios*,—y dejamos literal esta frase del autor—contra los cuales, se necesitan armas de un temple especial. Así lo declara el mismo Jesucristo.

Cierto día, un hombre salido de entre las turbas postróse á los piés del Salvador, y le dijo: «Señor, apiadate de mi hijo, que es lunático y padece mucho; pues muchas veces cae en el fuego, y muchas en el agua; y lo he presentado á tus discípulos y no lo han podido sanar. Y respondiendo Jesús, dijo: ¡Oh generación incrédula y depravada! ¿hasta cuándo estaré con vosotros? ¿hasta cuándo os sufriré? Traedme acá. Y Jesús lo increpó, y salió de él el demonio, y desde aquella hora fué sano el mozo. Entonces se llegaron á Jesús los discípulos aparte, y le dijeron:

¿Por qué nosotros no le pudimos lanzar? Jesús les dijo: Por vuestra poca fé. Porque en verdad os digo que si tuvierais fé cuanto un grano de mostaza, direis á este monte: pásate de aquí allá, y se pasará; y nada os será imposible. *Más esta casta de demonios, no se lanza sino por oración y ayuno.*» (Math. XVII. 14-20).

Muchos de los demonios pueden ser vencidos con una fé común, ordinaria; más para vencer á otros más potentes, se necesita de una fé más robusta; y esta fé más robusta no se adquiere sino por el ayuno y la oración. Hé aquí el por qué: Hay en el hombre dos sustancias, espiritual la una, material la otra. Para luchar contra el espíritu del mal, es necesario que estas dos sustancias se acerquen al espíritu del bien. El alma se espiritualiza más, permítasenos la frase, por la oración; el cuerpo se espiritualiza por la penitencia. Esta eleva al cuerpo á las regiones del espíritu, y la oración eleva al espíritu; y una y otra, esto es, la penitencia y la oración, son como dos alas de que se sirve el hombre para elevarse á Dios. Y, la medida del poder que el hombre alcance contra el demonio, estará en relación con la medida de su elevación hacia Dios. Su grado de elevación indicará su grado de poder; así como el grado de oración y de penitencia indican su grado de elevación; y la elevación del hombre hacia Dios es la fé. Hé aquí por qué la impotencia del hom-

bre contra el demonio proviene de la falta de fé; mientras que el poder del hombre contra Satanás, nace de la grandeza de su fé. El hombre que se sienta desfallecer en la lucha contra el enemigo, debe aumentar su fé; y esta se aumenta mediante la oración y el ayuno.

La sociedad actual, moralmente devastada por las invasiones satánicas, debe como único remedio aumentar su fé; y para esto no tiene más camino que la oración y la penitencia. Pero ¿cómo hacer revivir á todo un pueblo? ¿cómo devolverle la fé perdida? ¿cómo inculcar el espíritu de oración y penitencia á una nación que no sabe ni orar ni sufrir? Precisamente, y por esta triste verdad que todos lamentamos, hoy más que nunca hacen falta mucha oración y mucho sufrimiento, porque son muy numerosos y muy terribles los demonios que se agitan en el mundo para perder á las almas.

Los demonios de la impureza, triunfan en todas partes. En los teatros, y en las diversiones; en las fiestas públicas, y en las calles y plazas; en las artes, y en los libros; en las instituciones modernas todas, hasta en la familia. ¡Cuántos crímenes...! Los demonios de la falsedad y de la blasfemia, del error y de la impiedad, pervierten los espíritus por el mal ejemplo de los de abajo y de los de arriba. Los demonios del orgullo y de la rebelión, perturban á los individuos y mueven á las masas. Impelido por el soplo del infierno, el

hombre quiere gozar de todos los placeres; en su cuerpo, en su corazón, en su espíritu. Gozar. Este y no otro parece ser el fin de su vida. Y por gozar, salta las barreras del respeto y de la autoridad; de la dignidad y de la reserva; del derecho y de la probidad; del honor y de la fé. Las creencias y las costumbres, las tradiciones y los laudables usos, las familias y las sociedades, todo amenaza hundirse en un gran cataclismo de cieno, de sangre y de impiedad. Si ha habido un tiempo en que la lucha contra la maldad haya reclamado poderosas armas contra los grandes demonios, es el tiempo actual.

Envió Jesucristo á los Apóstoles por los poblados para que practicasen las obras de la misericordia divina: predicar, curar á los enfermos, arrojar los demonios. Y los discípulos fueron, y al volver, llenos de alegría decían: «Señor, aún los demonios se nos sujetan en tu nombre.» (*Luc. X. 1-17*). Hé aquí indicado el ministerio ordinario, exterior, de acción, ministerio tan necesario como fecundo, que constituye la base y fundamento de la organización de la Iglesia y es el instrumento ordinario de sus conquistas. Mas por sí solo, no basta este ministerio. Ante ciertas dificultades queda restringida su acción; y entonces falta otro ministerio de especial virtud que valiéndose solo de armas interiores, tenga fuerza suficiente para resolver aquellas dificultades y al

que podíamos denominar, ministerio de unión divina. Estos dos ministerios existen en la organización de la Iglesia católica y responden á la doble gracia que realiza la vida divina en cada alma: la gracia actual ó de acción, y la gracia santificante ó de unión. El ministerio de acción, está constantemente cerca de los hombres operando y distribuyendo entre ellos las influencias del poder divino. El ministerio de unión está en íntima comunicación con Dios para sacar de la divina Bondad, lo que el ministerio activo tiene el cargo de distribuir. La misma Iglesia, como cuerpo vivo ha de robustecerse en su interior y ha de propagarse en lo exterior; para estas funciones vitales, internas unas, externas otras, cuenta con organismos adecuados; y á semejanza de la Iglesia triunfante que tiene en el cielo serafines y otros espíritus que asisten de continuo junto al trono del Señor, y tiene los ángeles, fieles ejecutores de la divina voluntad, así también la Iglesia militante tiene en la tierra el ministerio de la contemplación y el ministerio de la acción. A este, son llamados los hombres por especial vocación, para trabajar en la santificación de los demás. Al de la contemplación, vienen para darse de lleno á la oración y á la penitencia, que tienen en sí la virtud de lanzar los más potentes demonios. Y, organismos providenciales para ejercer dentro de la Iglesia como poderosos auxiliares estos dos mi-

nisterios, son las Órdenes religiosas. Unas, de vida activa; otras, de vida contemplativa.

El mundo enloquecido no comprende hoy más que la mitad de este plan divino. Comprende la acción, más no la contemplación. En este siglo en que la fé desaparece, cuando se vé á un alma generosa huir del mundo para encerrarse en la soledad del claustro, con ligereza se tacha su resolución del más extraño anacronismo; y suele argüirse que hoy en que hay necesidad de defender palmo á palmo el terreno que cada día se vá perdiendo en el campo de la fé, lo que hacen falta son combatientes. Generalmente, esto es lo que se suele decir, y por cierto sin saberse lo que se dice: Se habla de batalla y se ignora cual sea la batalla; se habla del campo de batalla y se ignora cual es el lugar de la pelea más comprometido; se acusa á las almas más generosas de desertar de la lucha, cuando precisamente ellas son las que ocupan el punto más fuerte del combate.

Cierto es, que hay que luchar denodadamente por Dios y por su Iglesia, por la fé y por la salvación de las almas. Hay que luchar, y luchar con energía y sin descanso. ¿Pero estará acaso la tremenda lucha que hay que sostener contra los poderosos espíritus infernales, en el terreno de la acción? Jesús, general en jefe de los ejércitos divinos, ha dicho claramente que la más fuerte lucha está en el terreno de la oración y de la penitencia.

¿Y cuando se vé á las almas más generosas, de mayor fervor, más ardientes y entusiastas por este santo combate, venir al terreno de la oración y de la penitencia, hay aún quien se atreva á decir que desiertan de la lucha tratándolas de inútiles, cobardes y egoistas?

Preguntemos una vez más al divino general. Abundante es la mies, dice Jesús, y pocos los obreros. Ahora bien, ¿se creerá que vá á enviar á sus Apóstoles á la mies? Porque la mies es mucha y faltan obreros, la conclusión humana sería esta: id vosotros, partid inmediatamente á trabajar en la mies. No es esta la conclusión divina; oigámosla: «Orad pues, rogad al Señor de la mies para que envíe operarios que trabajen en ella.» (*Math. IX. 38*). Hay mucho que hacer, luego hay mucho que orar; hé aquí el razonamiento divino.

Y no ha dicho Jesucristo que se acuda á la oración para permanecer tranquilos sin cuidarse de la mies, no; según Él, la oración es una obra de abnegación apostólica, encaminada á procurar *el envío* de operarios. Faltan dos cosas, oración y obreros; aquella, precede á estos; y si la oración no precediera, no hay que dudarlo, los obreros no llegarían.

Hé aquí indicada la unión de los dos ministerios y su mútua cooperación á la gran obra de la salvación de las almas. Jamás deben ir discordes, porque de lo contrario quedaría el uno sin

vida, faltaría el otro á su fin. Si los contemplativos no rogaran por los hombres de acción, correrían riesgo de convertirse en hombres extravagantes sin objeto práctico. Si la acción apostólica no es á la vez vivificada por la oración contemplativa, degeneraría bien pronto en enfermiza agitación, sin más resultado que su propia decadencia. El mismo Jesucristo que ha venido á este mundo á hacer las obras de su Padre, vive treinta años en el silencio de la oración y del trabajo; y de los tres años que consagra á la predicación, muchas noches las pasaba orando (*Luc. VI. 12*) Su obra divina comienza por la contemplación y acaba por la acción. Los Apóstoles herederos de su espíritu, se reservan el oficio de la oración seguido del de la predicación, delegando en otros las ocupaciones más exteriores. El sacrificio que más se acerca á la divinidad, la primera de las obras apostólicas, es pues la de la oración y penitencia. Obra en nuestros días sumamente abandonada, por ser ignorada, y es ignorada porque no se cree en su eficacia apostólica. La corriente actual del bien es hacia la acción. Se atiende al sacrificio solo por su forma exterior, por sus resultados palpables, por lo que aprecian las humanas apariencias; más el conocimiento del sacrificio interior, la virtud divina de la inmolación oculta, no es bastante aparente para que muchos crean en su eficacia.» Así juzga el mundo.

Y aquí dejamos de seguir al autor de la *Vie Contemplative*. Su juicio coincide exactamente con el que acerca de la eficacísima virtud de la penitencia y oración de los cartujos, formó muchísimo tiempo há, el Padre Tomás Le Blanc, jesuita, en una obra suya que por los años 1660, dedicaba al general de la Cartuja. En ella, al recordar el apoyo que esta Orden prestó á la Compañía de Jesús en sus principios, y la participación de gracias espirituales y hermandad que le comunicó después, atribuye en gran parte el éxito de los trabajos apostólicos de la Compañía, á las oraciones y sacrificios de la Cartuja. Son estas sus palabras: «De suerte, que todos los varones apostólicos (de la Compañía de Jesús), que han trabajado en la China, en el Japón, en las Indias, en el Brasil, en el Perú, en el Canadá y en todo el resto del mundo; entre los herejes y los cismáticos, los turcos y los infieles, han llevado con ellos esta fuerza interior que les ha prestado tan viril ánimo, que ni los vientos, ni las tempestades, ni los piratas, ni los verdugos, ni los tiranos, ni toda casta de demonios, han sido bastante para impedirles el celo de exponerse á los más arriesgados peligros, ni á los tormentos más inhumanos y crueles.»

Basta lo dicho para dejar demostrado que la obra de los hijos de San Bruno no se encierra en

los estrechos límites de un estéril individualismo, sinó que por el contrario, resulta en la época actual, como lo fué siempre, utilísima á la Iglesia. Por esto en todo tiempo desde su origen, ha merecido grandes elogios esta Orden, tanto de los Papas como de los varones más eminentes en virtud y letras. San Bernardo se encomienda muy de veras á las oraciones de los cartujos; el Pontífice Alejandro IV apellida á la religión cartujana, «Tesoro de virtudes»; «Antorcha luminosa encendida y colocada en la cúspide del monte desde donde irradia vívidos resplandores», la denomina un antiguo Cardenal; «Árbol fecundo plantado en el campo de la Iglesia militante, por la diestra del Señor», la llama Clemente IV; é Inocencio VI, distingue «entre todas las Religiones monacales que como piedras preciosas esmaltan la corona de la Iglesia», á esta de la Cartuja, cuyos hijos, añade, «lucen por la blanca pureza de su vida, por el encendido fuego de su caridad, por el pálido rigor de su abstinencia, y por la austera maceración de su penitencia.» El célebre poeta Francisco Petrarca refiriéndose á uno de los monasterios de esta Orden y á sus monjes, dice «que vino al Paraiso y vió á los Ángeles de Dios en la tierra habitando en cuerpos humanos.» Admira San Antonino de Florencia, «el rigor de su observancia, no obstante haber pasado cuatrocientos años desde su fundación» cuando él escribía; como

«Luz de vida celestial,» la señala el venerable Kempis; el beato Alano de Rupe, dominico, entre muchas y muy hermosas alabanzas que la prodiga dignas de ser leídas, comienza por decir, que es esta sagrada Religión, «Hija predilecta de la sacrosanta Iglesia Romana», y nuestro español P. Eusebio Nieremberg, de la Compañía de Jesús, la califica de «Noviciado de Bienaventurados, y escuela de Angeles.» Para terminar, sólo citaremos entre los modernos, á Rohrbacher, que en su Historia General de la Iglesia, escribe, que la Cartuja, por su vida penitente, parece fundada para servir de lección y modelo al clero y al pueblo cristiano y para atraer continuamente las bendiciones del cielo sobre toda la Iglesia; y sigue diciendo, que después de ocho siglos, esta Orden es aún la misma, sin haber necesitado jamás de reforma, ni por la pureza de su fé, ni por la austeridad de su disciplina.

Y aquí terminamos; aunque mucho más diríamos si no temiésemos cansar al lector, y traspasar los límites que nos propusimos. Grata impresión deja en el ánimo la visita á la Cartuja de Miraflores. Al volver á la bulliciosa animación de las populosas ciudades, se recuerdan con deleite las bellezas que se admiraron en el solitario Monasterio; la riqueza y perfección de sus artísticas obras, nos traen á la memoria las ya pasadas gran-

dezas de nuestra España, y suele echarse de menos la tranquila paz que se experimentó al recorrer sus silenciosos claustros. Allá, encerrados en sus celdas, quedaron los cartujos, ajenos por completo á las codicias, vanidades y pasiones del mundo, y puestos sus ojos y su corazón sólo en la Cruz; porque saben, que la Cruz y quien á ella se acoje, permanece estable, inmóvil, en medio de las borrascas de la vida; mientras que las cosas del mundo, pasan con vertiginosa rapidez: *Stad Cruæ dum volvitur Orbis*. Este es el lema de su escudo.



APÉNDICE

MONASTERIOS DE LA ORDEN DE LA CARTUJA EN ESPAÑA

Hasta el año 1835 hubo en España diez y seis Monasterios de Cartujos. Los de Cataluña, Valencia, Aragón y Mallorca, formaban la Provincia de *Cataluña*; los de ambas Castillas y Andalucía, constituían la Provincia de *Castilla*. Sigue una sucinta relación de ellos por el orden de antigüedad de sus respectivas fundaciones.

SCALA - DEI. — 1163

En las fragosas sierras de Prades, diócesis de Tarragona, en un angosto valle al pié del Montsant, fué edificada esta Cartuja por el rey de Aragón Alonso II. Hoy solo restan de ella informes ruinas. En nombre de la libertad se lanzaron las turbas revolucionarias sobre el Monasterio y lo saquearon é incendiaron. Abandonado el edificio han ido derrumbándose sus paredes y hundiéndose sus bóvedas y techumbres, y lo que las turbas y el tiempo respetaron, lo han destruído los dueños

que compraron al Estado el edificio, guiados por la especulación. La iglesia era de piedra con arcos y bóvedas ojivales; del mismo estilo era un claustriillo que había junto á ella; el sagrario era más moderno, estaba adornado con mármoles y pinturas al fresco; las celdas de los monjes estaban distribuidas en dos grandes claustros, uno á cada lado de la iglesia y unidos por detrás de esta entre sí. *La Conreria* ó granja distante unos dos kilómetros de la *Monjía* como llamaban los del país al Monasterio, pertenece con los antiguos términos de este á cuatro ricas familias. Tuvo esta Cartuja muy notables religiosos. Viva está en los pueblos de la comarca la memoria del V. P. D. Juan Fort, muerto en el siglo XV; la gente piadosa del país, aún le invoca en sus necesidades. Hijos de hábito de esta Casa fueron también D. Juan Pruneda, catalán, Arzobispo de Arlés († en 1550), y D. Andrés Capilla, valenciano, Obispo de Urgel († en 1609).

PORTA - CÆLI. — 1272

Fué fundada esta Casa por D. Fr. Andrés Albalat, religioso dominico y obispo de Valencia. Dista cuatro leguas de esta Ciudad y otras tantas del mar. Está en medio de montes elevados y por uno de sus lados se descubre extensa y amena campiña hasta el mar. La edificación es un agregado de obras de varias épocas. La iglesia, restaurada por los años 1780 está intacta y es hermosa sobre toda alabanza: las brillantes pinturas, los dorados y los mármoles abundan en toda ella. Hay un claustriillo gótico muy notable; tiene además dos claustros greco-romanos. Salvo algunas celdas que están asoladas todo lo demás está relativamente en buen estado. Un grandioso acueducto surte de aguas al edificio. El término de Porta-Cœli era extenso y rico en variedad de cosechas; cuatro masadas ó casas de campo existían dentro de él. El Estado reservándose gran parte de los montes y pinares, vendió en cuatro lotes las granjas, el Monasterio, y sus tierras por un crecido

precio. Era gloria de esta Cartuja el haber salido de ella para regir toda la Orden cartujana dos de sus monjes; D. Bonifacio Ferrer, hermano de San Vicente Ferrer, y D. Francisco Maresme, varon ilustre que ilegó á obtener votos en cierta elección de Pontífice y renunció después el capelo cardinalicio.

VAL - DE - CHRISTO. — 1385

El infante D. Martín segundo-génito del Rey D. Pedro IV de Aragón, y su esposa D.^a María de Luna, fueron los fundadores de este insigne Monasterio. El rey D. Pedro lo tomó bajo su real protección. Un peregrino que había estado en Tierra Santa señaló el punto donde debía edificarse por ser muy semejante al Valle de Josafat. El país es ameno, los aires puros, el horizonte despejado. Dista poco de la Ciudad de Segorbe en el Reino de Valencia. La iglesia gótica, sus fuertes y elegantes claustros, sus múltiples edificios, todo yace en desoladas ruinas. El patio central del claustro mayor ha sido convertido en campo de olivos; ni el cementerio ha sido respetado. Sus productivas haciendas fueron vendidas, algunos buenos cuadros se trasladaron á un improvisado museo que se formó en Castellón, Capital de la Provincia, y la Universidad de Valencia guarda una magnífica estatua de San Bruno procedente de la Casa procuración que esta Cartuja tenía en aquella Ciudad. Entre sus venerables monjes se cuentan al P. D. Bernardo Fontova, confesor de la reina D.^a María esposa de Alonso V de Aragón, en cuyo palacio habitó muchos años ejerciendo aquel cargo, y al Ilmo. D. Luis Mercader de la Casa de los Condes de Buñol, obispo de Tortosa.

EL PAULAR. — 1390

Era fundación de los reyes de Castilla. Juan I la comenzó por mandato de Enrique II su padre; Enrique III la continuó, y puso fin á las obras Juan II. Fué emplazada en el

valle del Lozoya, muy cerca de este río y entre altas montañas. El terreno que ocupa es Diócesis de Segovia y Provincia de Madrid. La iglesia conserva intacto el precioso retablo de mármol blanco con multitud de relieves. La Capilla del Sagrario es notable por sus jaspes, bronces, estatuas y frescos, todo del gusto barroco. La sillería de los coros se llevó á San Francisco el Grande de Madrid; también se trasladaron á la Corte los magníficos cuadros que formando colección adornaban el claustro grande. Las riquezas que poseía esta Cartuja eran inmensas; bosques, granjas, viñedos, bodegas y una fábrica de papel. Solo en ganados llegó á reunir por los años 1790, cerca de 34.000 cabezas de lanar y más de 600 de vacuno. Actualmente el Monasterio está declarado Monumento nacional; los huertos y edificios que le cercan lo mismo que sus vastas posesiones pasaron á manos de particulares; una casa extranjera explota las maderas de los bosques. Entre los monjes que profesaron en esta cartuja se cuentan algunos muy distinguidos por su nobleza, entre ellos los hijos de Condes de Ossorno y Benavente y de los Marqueses de Aitona y Navarrés. En un sepulcro que se vé en el cementerio está sepultado el Ilmo. D. Melchor de Moscoso y Sandoval, obispo de Segovia, que renunció la mitra para hacerse religioso en esta Casa, lo que no pudo realizar por haberle sorprendido la muerte.

MALLORCA. — 1399

El rey D. Martín I de Aragón, gran amigo de los hijos de San Bruno, les cedió un palacio que poseía al Norte de la Isla de Mallorca en el Valle de Muza (*Valldemosa*). El paraje es saludable, agradable á la vista y de clima muy benigno. El edificio aunque antiguo, fué reformado en el siglo XVIII, habiéndose decorado entonces la Iglesia con profusión de pinturas y adornos. Vendidas las propiedades con el edificio, ha sido convertido este en sitio de recreo por varias familias de

la aristocracia mallorquina, que han hecho de las celdas y dependencias confortables habitaciones. Entre los privilegios que los reyes concedieron á esta Casa, fué uno la tenencia de la Alcaldía del Castillo de Bellver. En señal de jurisdicción los Piores guardaban la llave de aquella famosa fortaleza. Tuvo la Cartuja de Mallorca muy virtuosos monjes, entre ellos el P. D. Vicente Más, antes dominico y discípulo de S. Luis Bertran, á cuya muerte acudieron en tropel las gentes de los pueblos vecinos, y le cortaban los hábitos como reliquia; y el P. D. Bartolomé Valperga, doctor en Leyes, que después de haber desempeñado importantes cargos en Nápoles al servicio del Rey de España, vistió la cogulla en esta Cartuja con el consejo y aprobación de San Alfonso Rodríguez, y murió santamente en la Hospedería del Paular en Madrid, el año 1615.

SANTA MARÍA DE LAS CUEVAS. — 1400

Cerca de Sevilla, á la orilla opuesta del Guadalquivir, fué fundada esta Cartuja por el Arzobispo Don Gonzalo de Mena. La opulenta familia de los Riberas, Duques de Alcalá y Marqueses de Tarifa, se declararon también sus protectores costeando la Iglesia en la que tenían suntuosos enterramientos. El edificio era grande y artístico. La fachada de la Iglesia, gótico-arabesca; la ojival nave del templo; el precioso claustro mudéjar con sus paredes chapadas de hermosos azulejos; la originalísima techumbre del Refectorio de maderas ensambladas formando dibujos de sabor marcadamente morisco, aun están en pié, aunque muy deteriorados y desnaturalizados por completo, por estar transformado el edificio en fábrica de loza. La Iglesia es obrador, el refectorio, almacén; en el claustro mayor, del que nada queda, están los hornos, y así de los demás edificios. Cuando la exclaustación los preciosos cuadros de Zurbarán y una magnífica estatua de San Bruno de Montañés, fueron trasladados al Museo provincial; los sepulcros

de los Duques de Alcalá, pasaron á la Iglesia de la Universidad. Tuvo esta Cartuja muy célebres varones: D. Juan de Padilla, gran poeta, que ha sido apellidado *el Dante español*; D. Fernando de Pantoja, Prior de mucho celo y protector de Santa Teresa de Jesús; D. Diego Sarmiento que salió de las Cuevas para obispo de Cuba, y después de algunos años renunciando aquella dignidad se volvió al retiro de su celda, y otros muchos.

MONTEALEGRE. — 1415

Es una de las dos únicas Cartujas españolas que han vuelto á poder de sus legítimos dueños. Está situada entre las montañas del Norte de Barcelona no lejos de esta Ciudad y á media legua del mar frente al pueblo de Badalona. Vendida por el Gobierno, la Orden á su vez, la compró por el año 1867 á los particulares que la poseían. Es edificio muy sólido; tiene dos espaciosos claustros en los que están distribuidas las celdas; la Iglesia y otras dependencias de esta Casa fueron incendiadas y casi arruinadas por las turbas á raíz de la exclaustración de los religiosos en 1835; la sillería del coro y el retablo desaparecieron quemados. Desde el año 1345 existía cerca de Tarrasa un pequeño monasterio de cartujos denominado San Jaime de Vall-parais (cuyos restos aún se ven en una casa de campo que lleva este nombre junto al barrio de San Pedro de Tarrasa). Esta Cartuja de Vall-parais fué abandonada en 1415 trasladándose la Comunidad á la de Montealegre, á la que se agregó después, en 1433, la Comunidad y bienes de otra Cartuja que existía desde 1269 en la diócesis de Gerona titulada San Pablo de Maresme sobre un montecillo batido por las olas del Mediterraneo, junto al pueblo de San Pól. Entre los monjes ilustres de Montealegre figuran D. Domingo de Bonafé, su primer prior, después obispo y cardenal de Benedicto XIII en la época del Cisma; y en tiempos más cercanos, el Ilmo. D. Raimundo Rubí, de la casa

de los Marqueses de Rubí, obispo de Catania en Sicilia († 1729). Actualmente ocupan la casa de Montealegre algunos Padres y Hermanos preparándola para instalar en ella una Comunidad. La *Conrería* ó granja, sita en la cima del monte, es de particulares.

ANIAGO. — 1440

La reina Doña María de Aragón, primera mujer de Don Juan II de Castilla el fundador de Miraflores, con los bienes que para ciertas fundaciones que no prosperaron había dejado el obispo de Segovia D. Juan Vazquez de Cepeda, y cuyo Patronato correspondía según voluntad del mismo, á las reinas de Castilla, edificó y dotó la Cartuja de Santa María de Aniago. Está situado este Monasterio en una llanura á tres leguas de Valladolid y entre los ríos Duero y Adaja. De su iglesia, claustro menor, refectorio y capillas, sólo restan actualmente informes paredones. El claustro grande y algunas celdas se conservan en parte utilizadas como habitaciones de las familias que lo poseen. Las tierras de sembradura, viñedos, pinares y aceñas propios de los cartujos, fueron vendidos así mismo en virtud de las leyes desamortizadoras repartidos en varios lotes. Procedente de este Monasterio guarda el museo de Valladolid una excelente escultura de San Bruno de tamaño natural, obra de Juan de Juni.

MIRAFLORES. — 1441

A lo dicho en los dos artículos primeros de este folleto sólo se añade, que el rey D. Juan I dotó con las rentas de determinados pueblos que correspondían á la corona, á su monasterio de Miraflores; que en haciendas y posesiones fuera de estas rentas y del parque, dentro del que estaba enclavado, nada ó muy poco poseía. Acerca de estos derechos, de sus privilegios reales, de sus monjes ilustres, de las limosnas y modo

de distribuirlas y de otras cosas tocantes á esta Casa, puede verse la extensa monografía que escribió recientemente sobre ella D. Francisco Tarín con el título «La Real Cartuja de Miraflores, su historia y descripción.» Burgos.—1897.—622 páginas en 4.º mayor, con el plano del monasterio y algunos fotograbados, los mismos que utilizamos con la venia del autor en el presente folleto.

JEREZ. — 1476

La Defensión de Santa María llevaba por nombre la Cartuja que cerca de Jerez fundó el rico caballero de esta Ciudad Alvaro Obertos de Valetto, dotándola con pingües bienes. Por su fábrica era una de las más hermosas casas entre las que poseía la Orden en España. La portada exterior y la ostentosa fachada de la iglesia, son acabadas obras del siglo XVI. Las sillerías de los coros, estilo del Renacimiento, son notables; conservan más antiguo carácter los claustros grande y pequeño con arcos apuntados; el de los Hermanos es de época posterior á aquéllos. Relativamente bien conservada ha merecido por el mérito de sus obras de arte ser declarada Monumento nacional. Parte de los edificios y las praderas donde tenían los cartujos sus afamadas yeguas, han sido ocupadas por la remonta del Cuerpo de Caballería del ejército.

CAZALLA. — 1490

Fué fundada la Cartuja de Cazalla cerca de esta villa de Andalucía bajo el título de la «Concepción de Nuestra Señora,» por la Cartuja de Sevilla. Su situación era en un alto dominando extenso y quebrado terreno y en el mismo punto donde existió un castillo que fué del rey D. Pedro el Cruel. Hoy ha sido convertida en rústico cortijo. La iglesia está abandonada; el sagrario con su cúpula que estuvo hermosamente pintada al fresco por Palomino, amenaza hundirse de

un momento para otro; del claustro grande y celdas sólo restan ruinas; otros dos claustros pequeños, el molino harinero y el molino de aceite, los graneros con la huerta cercada, se utilizan para usos agrícolas. La fachadita de mármoles de la iglesia la compró el Duque de Montpensier y la trasladó á su palacio de San Telmo en Sevilla.

NUESTRA SEÑORA DE LAS FUENTES. — 1507

Cerca del lugar de Lanaja y á dos leguas de la villa de Sariñena en la diócesis de Huesca, fué edificado este Monasterio con aprobación de los diputados del reino de Aragón y á espensas de los condes de Sástago D. Blasco de Alagón y Doña Beatriz de Luna, su mujer. La comunidad que la ocupaba se trasladó en 1563 á una torre de D. Juan de Alagón en el campo de Zaragoza dando origen á la fundación de la nueva Cartuja de Aula-Dei. En el año 1585 volvió á ocupar la Orden cartujana esta Casa de las Fuentes. Está edificada en lugar muy solitario, llano y poco agradable á la vista, por la monotonía de los campos de olivos y viñedos que le rodean. El edificio es grande pero de vulgar construcción. Una iglesia con crucero y cúpula, ornada con pinturas mediocres debidas al cartujo Fray Manuel Bayen, pariente de Goya; un claustro pequeño con varias capillitas, así mismo decoradas con pinturas murales éstas y aquél, y el claustro grande con arcos de ladrillo, es lo que formaba este Monasterio que el tiempo se ha encargado de ir destruyendo poco á poco. Ciñe todo el edificio una tapia á manera de muralla, y dentro del cercado de ésta, detrás de las últimas celdas del claustro, se ven los restos de una ermita y junto á ella una fuente que dió nombre al Monasterio. Las aguas que de ella manan tienen propiedades medicinales, así es que después de la desamortización los dueños que lo adquirieron trataron de aprovechar el edificio como balneario, pero sin resultados prácticos,

GRANADA. — 1515

Muy cerca de Granada, al pié del cerro de Ainadamar y dominando parte de la fértil vega, fué fundada por la del Paular la Cartuja que lleva el nombre de aquella Ciudad. Fué dedicada á Nuestra Señora, en el misterio de su Asunción. Primero se trató de levantar sobre unos terrenos cedidos al efecto por D. Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán; se hicieron planos y trabajos bajo la dirección del cartujo Fray Alonso de Ledesma, pero después se pasó al lugar en que hoy está. Restan aun en pié, la fachadita plateresca; la portada de la Iglesia con su escalinata al fondo de un gran patio; el templo casi intacto con sus exagerados adornos de yeso; el sagrario, rico en mármoles, dorados y pinturas; la sacristía, de muy original ornamentación con las cajoneras ricamente incrustadas de caoba, palo santo, concha, plata y marfil, obra de un lego cartujo; el claustro pequeño con los cuadros pintados por Fray Juan Sanchez Cotán; el refectorio, capítulo y una pequeña capilla ojival. Nada queda del claustro grande ni de sus celdas. La prioral con unas huertas contiguas, son de un particular. La Iglesia está abierta al culto á cargo de un sacerdote, y dentro del dilatado cercado que cerraba el monasterio, parte del cerro, olivares, viñas, huertas y fuentes, han levantado los Padres de la Compañía de Jesús, no hace muchos años, un grandioso Colegio Noviciado. En el altar mayor se vé una imagen de San Bruno, de medianas dimensiones y bellísima ejecución.

AULA - DEI. — 1563

En 1563 los monjes de la Cartuja de las Fuentes se trasladaron al campo de Zaragoza á una torre propia de D. Juan de Alagón. Declaróse protector de la nueva fundación el Arzobispo de aquella ciudad D. Fernando de Aragón, monje del

Cister y nieto de Fernando el Católico. Está emplazada esta Cartuja junto á la márgen izquierda del río Gállego, á unas dos leguas al Norte de Zaragoza, en sitio llano y apacible. El edificio, hoy de propiedad particular, está relativamente bien conservado; es de sólida construcción, de ladrillo perflado en gran parte, y de muy buen gusto. La planta de la iglesia tiene forma de cruz latina, á cada lado de ella hay un claustro con las capillas, capítulo y refectorio, y tiene una esbelta torre cuadrada que sirvió para las campanas. Detrás de la Iglesia está el claustro mayor con las celdas; éstas están todas coronadas por azoteas cubiertas; Tenían, y en parte aún se conservan, la Iglesia, Sagrario y Capillas muy buenas pinturas. El Padre D. Miguel Dicastillo, monje de esta Cartuja, la describió en elegantes versos en un libro que tituló *Aula de Dios* y del que se han hecho varias ediciones.

ARA - CHRISTRI — 1585

Dominando la huerta de Valencia, en paraje llano, como á dos leguas hacia el Norte de aquella Capital y no muy lejos del mar, fué fundada la Cartuja de Ara-Christi en el mismo punto que ocupaba una alquería cedida á la Orden junto con varias tierras y un molino por Doña Elena Roig, según la voluntad de su hermano el Doctor D. Cristóbal Roig, Chantre de la Catedral de Valencia. Tuvo en sus principios grandes contradicciones por estar el lugar que ocupa vecino á muchos pueblos y ser poco sano; pero vencidas aquellas, con las limosnas de diferentes personas, y la protección del Ilustrísimo D. Andrés Capilla, Cartujo y Obispo de Urgel, se comenzaron las obras. Tomóse por modelo de su planta la de la Cartuja de Aula-Dei, y dirigió los trabajos el hermano Antonio Ortí, cartujo de Porta-Cœli, y reputado arquitecto. La iglesia tiene crucero y una hermosa cúpula. El claustro mayor es muy extenso, al extremo de sus galerías tenía dos torres, una á cada ángulo. Hermoseaban esta Cartuja esbeltas pal-

meras plantadas en el centro del claustro (que ya no existen), y una larga avenida de cipreses delante de su fachada, que le da muy especial carácter. Los primeros compradores del edificio tratando de especular, destruyeron la mitad de las celdas y parte del claustro grande; lo demás, incluso dos pequeños claustros, uno á cada parte de la iglesia, el capítulo con una buena escultura de San Bruno, el refectorio y capillas están en pié. Junto al Monasterio hay un rico y extenso huerto cercado con el título de Santa Ana, especial y milagrosa protectora de esta Casa.

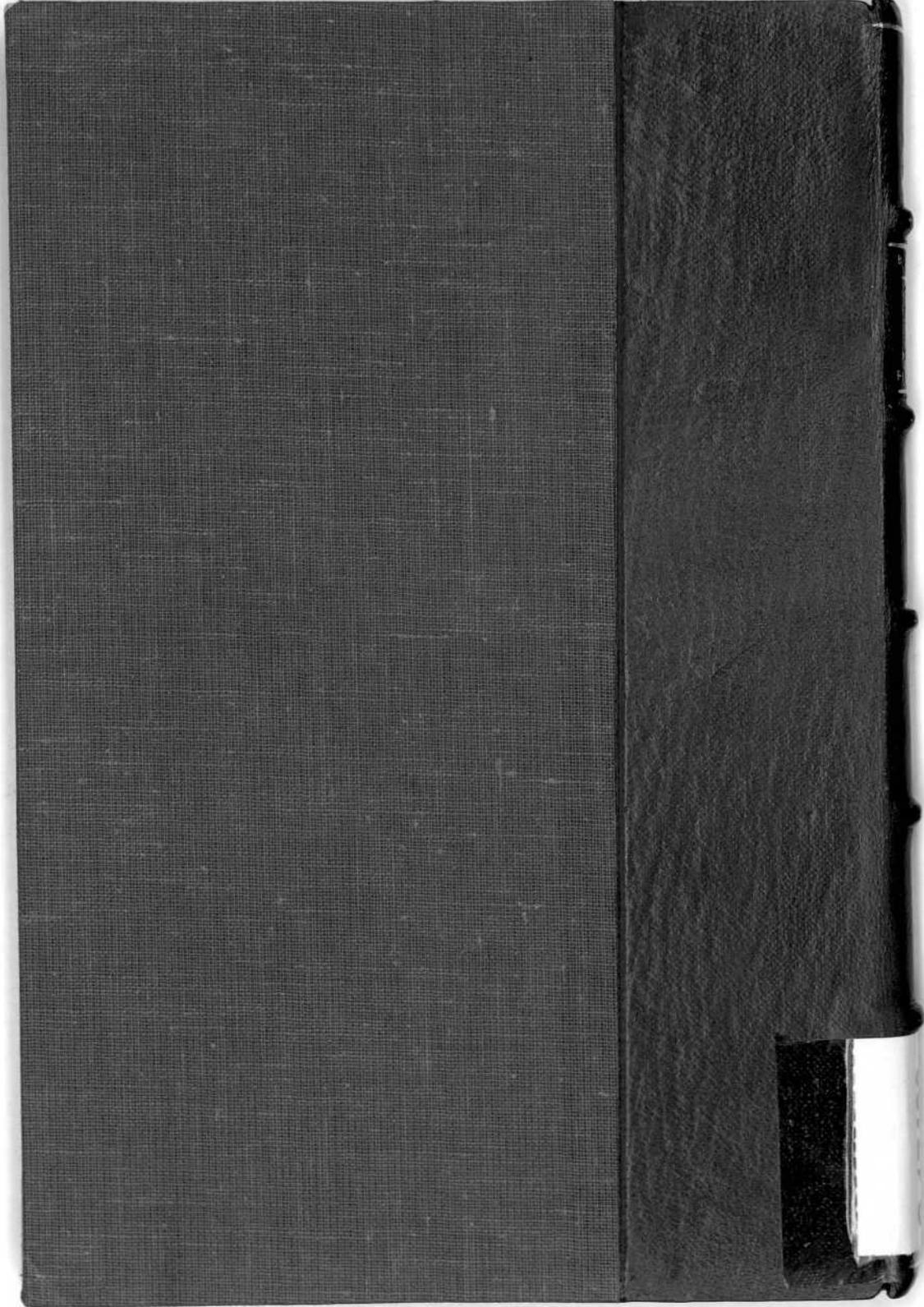
LA CONCEPCIÓN. — 1633

Cartuja alta llamaron los de Zaragoza á la de Aula-Dei, y Cartuja baja á la de la Concepción. Fué fundada ésta por Don Alonso Funes de Villalpando y Doña Jerónima Zaporta su mujer, y con los donativos de otros caballeros de la nobleza de Aragón. Está situada á dos leguas de aquella capital hacia el Levante y sobre la márgen derecha del Ebro. El terreno es llano y ameno, y desde aquel punto se distinguen las cúpulas y caserío de la ciudad. El edificio era de grandiosas proporciones y cercado como las otras dos Cartujas aragonesas por una muralla, sostenida de trecho en trecho por cilíndricos contrafuertes. La Iglesia tiene en su planta forma de cruz latina y la corona una elegante cúpula; está decorada con pinturas y adornos propios del mal gusto de la época. El monasterio pasó á manos de particulares, hoy forma un populoso barrio poblado por familias labradoras y jornaleras que ocupan las celdas y dependencias, con escuela y demás servicios propios de una pequeña población. La Iglesia abierta al culto, es vicaría filial de la parroquia de San Miguel de Zaragoza.

ÍNDICE

	<u>Páginas</u>
Advertencia	5
Licencia del Arzobispado de Burgos.....	7
I.—La Iglesia.....	8
II.—El Monasterio.....	28
III.—Los Cartujos.....	38
IV.—La Vida Contemplativa	52
Apéndice.—Monasterios de la Cartuja en España	67





H. DE A
CAR-
TUJA
DE
MIRA
FLORES

G
T
17428